

dimiento de las cosas de esta tierra, y al amor al prójimo, mediante toda clase de obras buenas, las obras de misericordia.

JERUSALÉN es, en este caso, cada una de las almas de los fieles católicos, que aún deben realizar en sí mismas el arduo trabajo de purificación de sus pecados, y de santificación y crecimiento en gracia, virtudes y dones.

Como era de esperar, **también esta tercera venida se hace a través de la Santísima Virgen**, según la enseñanza constante de los Santos, de los que San Luis María es fiel expresión cuando dice:

«La conducta que las tres personas de la Santísima Trinidad han observado en la Encarnación y la primera venida de Jesucristo, la siguen guardando cada día, de manera invisible, en la Santa Iglesia, y la guardarán hasta la consumación de los siglos, en la segunda venida de Jesucristo».

Por eso debemos acudir insistentemente a María, con los grandes deseos que la Iglesia pone en nuestros labios en el Adviento:

*«Madre augusta del Redentor,
Puerta del cielo siempre abierta, Estrella del mar,
socorre a un pueblo que cae mas procura levantarse.
Tú que, con gran admiración de la naturaleza, engendraste a tu santo Creador,
Virgen antes y después del parto,
recibe el saludo del Arcángel, y ten piedad de los pecadores».*

Conclusión.

Con razón, decíamos, la Iglesia coloca la fiesta de la Inmaculada Concepción en pleno centro del Adviento, para inculcarnos que Ella es ese «camino corto, fácil, perfecto y seguro» que nos conduce siempre a Jesús, y que prepara todos sus advenimientos. Por eso mismo, la Iglesia le otorga a la Virgen un lugar tan importante en la vida cristiana, la cual consiste en amar a Jesús y amar a María, en depender de Jesús y depender de María, en vivir en unión con Jesús y en unión con María. Hemos de ir siempre a Dios Nuestro Señor haciéndonos acompañar de la Santísima Virgen María.

Pidamos, pues, a María Santísima que durante el Adviento prepare nuestra alma para recibir a Jesús. Ella le dio a El su forma humana, y desde entonces se convirtió en el molde en que toda alma adquiere la forma de Jesús, las disposiciones interiores y las virtudes de Jesús.

Para ello intentemos crecer en devoción y amor filial a Nuestra Señora, por todas las prácticas a nuestro alcance: • adoptando durante todo el Adviento la costumbre cristiana de ofrecerle tres veces al día **el rezo del Angelus**; • estableciendo en nuestras familias, si no está ya introducida, la costumbre de rezar cada día **el santo Rosario**; • renovando y tratando de vivir **nuestra propia consagración a la Santísima Virgen**.

Hojitas de Fe

Mi vivir es Cristo

433

3. Fiestas del Señor

Las tres venidas de Cristo por María

*Ecce veniet Propheta magnus,
et Ipse renovabit Jerusalem, alleluia.*

Mirad que viene el gran Profeta,
y El mismo renovará Jerusalén, aleluya.

Estamos ya en el Adviento, que es un tiempo de preparación a la venida del Salvador, a quien las antífonas de la Iglesia anuncian durante este tiempo como **el gran Profeta que ha de renovar Jerusalén**.

¿Renovar Jerusalén? ¿A qué se refiere exactamente? Jerusalén es aquí una imagen del pueblo fiel, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento; una imagen de la Iglesia, existente ya en figura en el Antiguo Testamento, y existente en realidad en el Nuevo Testamento. Y si viene a **renovarla**, es que hay en ella algo de **viejo**, de **dañado**, de **deteriorado**.

El tiempo de Adviento nos coloca, pues, en la realidad del hombre caído, en la realidad del pecado original que cambió radicalmente la condición del hombre y la historia de la humanidad, y le puso en la necesidad absoluta de un Redentor, que en el Antiguo Testamento es presentado como el que va a renovar todas las cosas: «Ecce nova facio omnia».

TRES son las **renovaciones** que Cristo debe realizar en su Iglesia, y a cada una de estas tres renovaciones corresponde una **venida**. Pero lo que interesa realzar aquí es que **cada una de estas venidas y renovaciones es preparada por la Santísima Virgen María**, que por eso se convierte en el personaje central del Adviento, como fehacientemente lo muestra la fiesta de su Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre.

Consideremos, pues, esta consoladora verdad: cómo la Santísima Virgen se encuentra vinculada, en los planes de Dios, a las tres venidas y renovaciones que Cristo Jesús ha de realizar en su Iglesia.

1º Primera venida de Cristo, por su encarnación.

El primer advenimiento del gran Profeta fue su venida en carne mortal por la Encarnación, para renovar a la humanidad del pecado original, de la esclavitud

diabólica a que había quedado sometida, y de la impotencia para desear las cosas celestiales.

Si algo caracteriza el Antiguo Testamento, es el dominio incontestado que el demonio ejerció sobre toda la humanidad, oculto detrás de la máscara de mitologías y falsas divinidades, y borrando de la mente de los hombres todo recuerdo e idea de la vida sobrenatural, y de la necesidad de un Salvador.

JERUSALÉN era entonces el conjunto de almas justas que vivían en la fe del futuro Redentor. Estas almas pertenecían sobre todo al pueblo judío, y por eso estaban representadas por la ciudad santa de Jerusalén, que Dios había elegido como lugar del templo y de la religión verdadera. Todas estas almas suspiraban por la venida de Nuestro Señor Jesucristo, y la Iglesia pone en nuestros labios las palabras con que expresaban los apremiantes deseos del Renovador que debía venir:

«Ven a librarnos, Señor Dios de las virtudes; muéstranos tu Rostro [Jesús, la Faz del Padre], y seremos salvos»; «muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu Salvación [Jesús, el Salvador]»; «sobre ti, Jerusalén, nacerá el Señor, y su Gloria [Jesús, el resplandor del Padre] se manifestará en ti»; «ven, Señor, ya no tardes; libra a tu pueblo de sus maldades».

Pues bien, **esta primera venida debía realizarse a través de la Virgen María;** razón por la cual la Iglesia, durante el Adviento, alude continuamente, ya desde el primer día, a la escena de la Anunciación:

«El ángel Gabriel habló a María, diciendo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres»; «el Espíritu Santo descenderá sobre ti, María; no temas, llevarás en tu seno al Hijo de Dios».

Según los Santos Padres, la Santísima Virgen recapituló en sí misma los deseos de todo el género humano en lo que este tenía de bueno y honesto, y en nombre de todos dio su consentimiento a la Encarnación. Ella se convertía en ese momento en la puerta por la que el Mesías entraba en nuestra raza y pasaba a ser uno de los nuestros, para dar comienzo a la obra de la Redención y renovación del género humano por la devolución de la vida divina. Y al entregarnos por su «fiat» al Redentor, Ella quedaba constituida, juntamente con su Hijo, como la gran Liberadora de nuestra condición pecadora.

2º Segunda venida de Cristo, al fin de los tiempos.

El segundo advenimiento del gran Profeta será su segunda venida en gloria y majestad el día del Juicio final, para renovar a su Iglesia de la condición terrena de que aún está revestida, y separar el trigo de la cizaña, los peces buenos de los malos.

En efecto, la Iglesia católica, en su etapa militante, tiene todavía algo de viejo, de dañado, de distorsionado, y es lo que el Señor señala en la parábola de la cizaña. En ese militar contra enemigos externos e internos –mundo, demonio y carne–, encuen-

tra que muchos de sus miembros no corresponden con la vocación elevada a que han sido llamados. En su seno hay malos cristianos, que se entregan al pecado, y Ella misma sufre herejías y cismas, sintiendo el desgarramiento interior por parte de muchos de los que habían sido hijos suyos. Por eso la Iglesia espera el momento en que se verá limpia de todo resto de pecado, de todo resto de imperfección, de todo apego a las cosas creadas, de todas las herejías y maldades a que se ha visto expuesta a lo largo de su historia, cuando Cristo separe por fin el trigo de toda esta cizaña, el primero para guardarlo en su granero, la segunda para quemarla en un fuego inextinguible.

JERUSALÉN es, en este caso, figura de todas las almas que han entrado en el gremio de la Iglesia, y que han sido redimidas mediante la aplicación de los Sacramentos –Bautismo, Confesión, Eucaristía–, la profesión de la verdadera fe, y la sumisión a las autoridades que Nuestro Señor dejó establecidas. La Iglesia ansía ardientemente pertenecer totalmente a Dios, viéndose ya perfecta y completa, por tener ya todos los miembros que era capaz de recibir, tenerlos con toda la santidad de que eran capaces, y tenerlos ya glorificados en cuerpo y alma; ahí se verá crecida hasta la plenitud de la edad de Cristo, como un cuerpo perfectamente adaptado a su divina Cabeza.

Pues bien, **también esta segunda venida se realizará a través de la Virgen María,** como lo enseñan constantemente los Santos, especialmente los que han tenido mayor penetración de los planes de Dios. Conocidas son las afirmaciones de San Luis María, que sin la sombra de la menor duda afirma que el Reino de Cristo no vendrá sino a través del Reino de María:

«Es por la Santísima Virgen que Jesucristo ha venido al mundo, y es también por Ella que debe reinar en el mundo»; «para que venga el Reino de Cristo, debe antes venir el Reino de María».

Ese Reino de María es lo que el Cielo nos había prometido a través de las apariciones de Fátima:

«Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado... para salvar a los pobres pecadores, para salvar la Cristiandad y para preservar a la Iglesia de grandes calamidades»; «al fin, mi Corazón Inmaculado triunfará».

3º Tercera venida de Nuestro Señor, por la gracia.

El tercer advenimiento del gran Profeta es su venida cada año a nuestras almas por la gracia, para renovarlas de las pasiones y de la tiranía de la carne, resto que nos queda del pecado original, y someterlas cada vez más a la moción de su Espíritu.

Lo que le importa a Nuestro Señor es que las almas, año tras año, se vayan uniendo cada vez más con El, por medio del doble elemento de que consta la gracia: un elemento en la inteligencia, que es la fe, por el crecimiento en el conocimiento del misterio de Nuestro Señor, y un elemento en la voluntad, que es la caridad, que mueve toda nuestra vida divina al amor de Dios sobre todas las cosas, mediante el despren-